

Para volver a Palma

Alfredo Bryce-Echenique

Siempre he pensado que Ricardo Palma representa para la literatura peruana (y me atrevería a decir que, en cierto modo, también para la latinoamericana) un papel muy semejante al que representó, en su momento, Mark Twain para la literatura norteamericana. Ambos escritores supieron leer a los grandes narradores de sus respectivas madres patrias, pero ambos supieron también ponerle punto final a una literatura que, en el caso del Perú, Riva Agüero había calificado de «provincia de la española». Ricardo Palma y Mark Twain optaron por abandonar el salón donde se escribía como en Madrid o Londres, entraron en la taberna, como diría el agudísimo crítico que también es el novelista Juan Benet, pararon la oreja ante lo que sus contemporáneos consideraban el basurero del lenguaje popular, y terminaron escribiendo como se hablaba y se debía escribir, emancipadamente, en Lima y en Florida, respectivamente. Y, por último, tanto Palma como Twain lograron imponer su obra literaria en lo que, hasta su aparición en la literatura de sus respectivos países, continuaban siendo las metrópolis de la cultura, el lenguaje y la literatura: España e Inglaterra.

Se equivocan quienes piensan que la obra de Ricardo Palma no es más que Lima burlándose de sí misma, entreteniéndose y bostezando en el soñar despierto de una interminable siesta colonial. Y se equivoca Sebastián Salazar Bondy cuando mete en un solo saco a Palma, Segura, y Pardo y Aliaga. Toda la cortesana hipocresía que emana de las páginas limeñas de Palma hace que sus Tradiciones puedan ser consideradas, en más de un aspecto, precursoras de esa Lima moralmente horrible que con lúcido desasosiego denunciara Salazar Bondy en sus breves ensayos sobre la capital del Perú. Yo no puedo leer al

Palma que escribió ayer sin pensar en el presente angustioso de mi país. La crisis moral que hoy padece ese «territorio de desconcertadas gentes» se incuba en las limeñísimas páginas de las Tradiciones, presagiándonos que pronto, muy pronto, Lima será el Perú, porque ahí, entre carruajes, tapadas, chismes y lances de lujoso y frívolo amor, aparecen el negro, el zambo, el mulato, el chino, el cholo, el allegado que jamás llega y el resentido que espera y mira de reojo. Muy cerca estamos en esto del imposible malecón Proust de Martín Adán, enorme punto de partida de la literatura contemporánea en el Perú. Nadie parece cumplir su deber, porque resulta que es más fácil sobar y pedir un favor. Y porque resulta que es mucho más grave pasar por tonto que por exitoso ladrón.

Hasta la llegada de Ricardo Palma a las letras peruanas, nuestros escritores no parecían tener otra conciencia de lo nacional que lo pintoresco. Para Palma, por el contrario, todo está reflejado en las calles de una ciudad que empieza a gritar su egoísmo nacional, sus terribles prejuicios de clase, su hipocresía y su racismo. Lo pintoresco, lo grotesco y lo anecdótico de sus predecesores lo eleva Palma hasta la universalidad, empezando a ponerle punto final a una mistificación supuestamente interminable, como muy bien señala Jorge Guillermo Llosa,¹ quien explica de esta manera que hoy los lectores de las Tradiciones estén en toda América y en España: «Esto es así, pero no somos tontos, parece decir don Ricardo. Los lectores extranjeros se divierten con curiosidad; los peruanos concilian la contradicción: la literatura no revela ni apela, simplemente devuelve una imagen».

Me gusta volver a las Tradiciones de vez en cuando. La mostración que en ellas hace su autor de una realidad concreta ha envejecido maravillosamente bien. Pero hoy su humor, su irónica sonrisa callejera y dicharachera, me calan más hondo que antes, me hacen reflexionar mucho más que antes. Y esto se debe, sin duda alguna, a que el Perú de Palma ha envejecido terriblemente mal. Como todo gran autor, Palma no buscaba sino que encontraba. Su literatura, cómicamente grave a pesar de una primera apariencia de ligereza, anduvo siempre calando hondo en el drama de un país sin conciencia nacional, de un territorio que no es esa comunidad de responsabilidades que, según Donoso Cortés, define a la palabra patria.

La obra de Palma tiene un capítulo poco conocido: sus Crónicas de la guerra con Chile, sobre las que el historiador norteamericano C. Norman Guise ha escrito: «Sus informes son más bien los de un periodista guerrillero, como alguna vez se proclamara, que los de un simple cronista». En medio de su virulencia, estas crónicas insertan frases humorísticas, refranes populares,

¹ Jorge Guillermo Llosa, *La dificultad de ser latinoamericano*, La Paz, Universidad Nacional Mayor de San Andrés, 1976.

algún asunto picaresco, o sea, elementos comunes a toda la escritura de este hombre cuyo humor suele tomarse a la ligera, casi como sinónimo de autocomplacencia. Nada menos cierto. Palma pertenece a ese tipo de artista convencido de que arrojar un gato muerto a un santuario puede contribuir mucho más que un millón de solipsismos a la liberación de la mente humana.